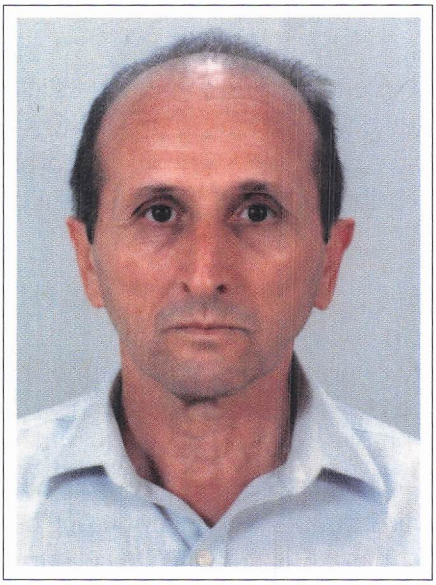
+ 09.09.2000
56B129

COMUNIDAD «BEATO MIGUEL RUA»

MADRID



Madrid, 1 de enero de 2001

Mis buenos hermanos:

Os presento, con afecto, unos rasgos de la vida y de la actividad de nuestro hermano,

Sac. don JUAN AMORETTI DOMÍNGUEZ

que fallece en Madrid, el día 9 de septiembre de 2000, a los 66 años de edad, 44 de profesión religiosa y 34 de sacerdocio.

Toda carta mortuoria, mejor llamada carta edificante, de cada hermano que nos deja, pienso que ha de ser como un reloj de sol que sólo marca las horas con la claridad, aunque sabemos que también existen momentos de oscuridad.

La vida de Juan Amoretti es como un reloj de sol situado en verano cerca del polo norte, donde casi todas las horas son de luminosidad.

1. Familia y estudios

Juan nace en Málaga (España), el día 5 de septiembre de 1934. Es el segundo de cinco hermanos.

Su padre, de lejana ascendencia de comerciantes italianos, ocupa un puesto importante en las aduanas de la ciudad de Málaga, creando una familia de situación media-alta. Su madre, de una formación profundamente religiosa, culta y con una gran sensibilidad y finura, da a la familia un tono de delicadeza y de exquisitez.

La guerra civil española de 1936 a 1939 trastoca el bienestar de esta familia, al verse el padre privado de su libertad.

Terminada la guerra, la prudencia aconseja cambiar de residencia e iniciar una nueva vida en otra ciudad. Toda la familia se traslada a Madrid, donde nacen los dos últimos hijos, consciente de que ha de empezar de cero.

No es fácil abrirse camino para un hombre joven con familia, marcado políticamente, por lo que los cambios de casa y de oficio son frecuentes, hasta asentarse en un puesto inferior de un Banco, en el que va subiendo por méritos propios y trabajo responsable.

La formación de los hijos constituye la mayor preocupación y responsabilidad de los padres.

En una gran ciudad la proximidad de la escuela y de los medios económicos condicionan la selección del centro de educación.

Estas circunstancias hacen que Juan, niño, tenga el primer contacto con *lo salesiano* al ser alumno del Colegio de las Hijas de María Auxiliadora de Villaamil.

Las escuelas unitarias, propias de los pueblos pequeños, en las que el maestro o la maestra imparten todas las asignaturas a los alumnos desde los 6 a los 14 años, tienen su equivalente, también, en las capitales de la postguerra.

Juan conserva un grato recuerdo de su maestra en aquella época de su vida que daba clase a un grupo de muchachos en un piso en el barrio de Arganzuela, en el que está enclavado el colegio salesiano de Atocha.

Los días festivos frecuenta el Oratorio Festivo de ese colegio.

La situación económica de la familia aconseja que el mayor de los hermanos, Juan, empiece a trabajar cuanto antes, por lo que estudia maestría industrial como mecánico-fresador en la Institución Sindical Virgen de la Paloma, en la que los Salesianos llevan la disciplina y la formación humana y religiosa.

Dos años en la empresa completan su formación técnica, que tanto le sirve, posteriormente, como maestro de taller mecánico en Zamora y fundador y jefe de taller en Herrera de Pisuerga (Palencia).

2. Vocación y formación

Juan es catequista, antes que Salesiano.

La preparación a la primera comunión se hace en las iglesias. La maestra de primaria aconseja a sus alumnos que escojan algunas de las iglesias más cercanas para prepararse a la primera comunión.

El grupo de amigos prueban varias –algunas muy célebres como la Iglesia de los Jerónimos o la del Cristo de Medinacoeli– pero se deciden por la de los Salesianos de Atocha, porque tiene patios para jugar.

Desde entonces, Juan queda estrechamente unido a los Salesianos.

Los recuerdos de entonces se centran en dos personas y en un ambiente.

En primer lugar tiene un grato y agradecido recuerdo de su catequista, un joven seglar, por su cercanía y su celo, que llevaría a Juan a ser el también catequista en el Oratorio de Atocha.

No olvida, tampoco, al Director del Oratorio –D. Luis Rubuano, Salesiano de Sicilia– quien, por causa de la guerra mundial, como otros muchos, llega a España para terminar sus estudios sacerdotales.

De él le quedan grabadas su acogida y paternidad, sus conferencias semanales para prepararse a ser catequista o para dar bien la clase de catecismo, y su dirección espiritual, sobre todo en la confesión.

Le cautiva el ambiente del Oratorio: la alegría, la familiaridad, los juegos, la cercanía entre todos. Ambiente como éste se le llama, ahora, simplemente *ambiente oratoriano*.

En una entrevista que le hace, en 1985, la revista *"Juventud Misionera"*, recordando sus años en Brasil, escribe:

«Siempre me imaginé la misión como un gran Oratorio: comunidades juveniles, jóvenes, niños y niñas sin número; alegría, deporte, música, excur-

siones, teatros, etc.; montones de catequistas y animadores. La Buena Nueva del Evangelio, la fraternidad, la gracia, la paz... Multitud de auténticas familias cristianas, formando comunidades de fe, signos vivos del reino mesiánico que anunciamos y perseguimos... Esta ha sido hasta hoy mi meta y mi constante lucha; mi utopía, mi sueño, mi vida salesiana y misionera».

Influenciado por este ambiente y vivencia, deja su empleo bien remunerado, vence con «una huelga de hambre» cierta resistencia familiar, que no le ve como sacerdote o que, a lo más, le prefiere como *cura diocesano* y empieza su aspirantado en Zamora.

En España, las Universidades Laborales constituyen uno de los ambientes educativos de formación humana y profesional más importantes de una época en España.

La Universidad Laboral de Zamora, confiada a los Salesianos, empieza siendo un centro abierto a la ciudad de Zamora, con enseñanzas elementales y profesionales y donde no puede faltar el Oratorio Festivo.

De llevar el ambiente oratoriano se encarga el primer director, D. Filadelfo Arce, procedente de Atocha, donde es el alma de un numeroso externado de clases elementales y comerciales y director de las grandes obras de teatro y las suntuosas zarzuelas de la Galería Salesiana.

A esta comunidad se unen varios jóvenes mayores de Atocha como maestros y asistentes. A Juan por su preparación profesional le responsabilizan de dar clase en el taller de mecánica.

Dos años dura el aspirantado, simultaneando las clases en los talleres, con el estudio del latín y del griego, para poder cursar posteriormente los estudios de filosofía y teología.

El año de noviciado lo pasa en Mohernando y los tres cursos de filosofía los hace en Guadalajara.

La joven Inspectoría de León debe de dotarse de casas de formación, ya que, a excepción de los aspirantados de Cambados y Astudillo, todas las demás han quedado en la Inspectoría de Madrid.

La casa de Herrera de Pisuerga (Palencia) de reciente construcción, es destinada a casa de formación de aspirantes Coadjutores. También en este caso, le corresponde formar parte de la primera comunidad, con la responsabilidad de montar y ser jefe del taller de mecánica.

Las privaciones que posteriormente sufre en tierras de misión, tienen su entrenamiento en los comienzos de esta casa de Herrera de Pisuerga.

Aunque hace varios años ha escrito al Rector Mayor la solicitud para ir a misiones, al terminar su trienio, se le tiene en cuenta y es destinado a la Inspectoría de Manaus (Brasil), cursando los cuatro años de teología en São Paulo (Brasil), donde se ordena de sacerdote el 31 de julio de 1966.

3. Acción apostólica misionera

Las Misiones tienen un especial atractivo entre los jóvenes. Son, con frecuencia, anzuelos que lanza Dios para pescar vocaciones a la vida religiosa.

En la Congregación salesiana es uno de los caminos de renovación religiosa. Lo dice ya el Capítulo General Especial hace treinta años:

«Para favorecer la gracia de la renovación en toda la Congregación, vivan los Salesianos el espíritu misionero y manténgase disponibles para la posible llamada de Dios a trabajar en las misiones».

Juan siente esa llamada desde los primeros años de su formación religiosa.

Su acción misionera tiene dos fases: la acción directa durante su estancia en Brasil y la fase de animación misionera en España.

Ambas etapas comprenden treinta y dos años de su vida sacerdotal, pues los dos últimos los pasa en esta casa, ya enfermo.

De su vida la parte más bella y la más plena es la de su estancia en Brasil y a la que se refiere con verdadera fruición.

Para seguir su trayectoria, entresaco párrafos de las declaraciones que él mismo hace a la revista *"Juventud Misionera"* en junio de 1985:

«Mis primeras ocupaciones y apostolados al llegar a Manaus (Brasil) fueron vocacionales y catequéticas, sin dejar nunca, el Oratorio que para mí es esencial. Tuve que encargarme, al principio, de la formación de los aspirantes a la vida salesiana y de los jóvenes Coadjutores. Después de la formación de catequistas indígenas y de los maestros rurales entre los aborígenes; más tarde de los trabajadores del caucho, en el bellísimo Río Negro, afluente del Amazonas, en los confines del Brasil, lindando con Colombia y Venezuela.

Algún tiempo después me llamaron, de nuevo, a Manaus, corazón y capital del Amazonas, como animador de una comunidad parroquial y oratoriana muy sencilla y popular. Durante todo este tiempo, tuve un inten-

so apostolado pastoral en la cárcel, que estaba situada en los límites de nuestra parroquia. Pude así conocer, profundamente, todo el triste mundo de la delincuencia y las tremendas historias de estos hermanos nuestros marginados. Aunque algunas veces me dejé robar y engañar, puedo asegurar que fueron estupendos conmigo.

Terminada este misión volví al trabajo vocacional en la desembocadura del Amazonas. Fueron varios años compartiendo con nuestros seminaristas el trabajo misionero en los Oratorios y comunidades de los barrios cenagosos o de los diminutos villarejos del litoral. Con nuestras bicicletas al hombro, cuando no era posible usarlas por los caminos pantanosos de la selva, llevábamos la alegría, la canción y el evangelio a aquellos aisladísimos hermanos nuestros.

Después hice un curso de renovación catequética y espiritual en Roma. Al terminar me llamaron para una nueva tarea: colaborar con dos obispos salesianos en la animación pastoral. Aunque breve, fue una experiencia bellísima, si bien dura y dolorosa, ya que sufrí muchísimo, al constatar el dolor y la postración de los enfermos graves y, sobre todo, ante el espectáculo del numeroso grupo de niños y jóvenes, ya contagiados, como consecuencia de las deficiencias sociales y sanitarias de la vida en la selva».

Posteriormente a este testimonio, como en España, tiene responsabilidades de formador en un aspirantado de Coadjutores y todavía no restablecido del cáncer linfático, es director y Padre Maestro durante dos años en el reciente noviciado establecido por la Inspectoría de Manaus.

Su estado de salud le hace escribir al Inspector y al Consejo inspectorial para ser trasladado temporalmente a la Inspectoría de origen:

«La precariedad de mi salud –dice– me está impidiendo trabajar dignamente... después de los tratamientos mi organismo quedó extremadamente debilitado... He intentado reducir al máximo el ritmo de mi trabajo, pero en este nuestro ambiente es casi utópico, pues crecen cada día las necesidades pastorales y su complejidad».

También lo hace saber al Rector Mayor quien le contesta: *«Admiro el espíritu de gran responsabilidad con el que afrontas la tarea de formador y comprendo la preocupación que te obliga a pedir ser sustituido. Te ha tocado ser director y maestro de novicios en un período al que ciertamente Don Bosco aplicaría su famosa expresión 'tiempos difíciles'».*

No pide una salida definitiva del Brasil pues no se recata en decir que en cuanto muriese su madre, que cuenta 93 años, volvería, de nuevo, al Brasil.

Escojo tres testimonios que encuadran ésta su estancia en Brasil.

Mons. João Batista Costa, arzobispo, entonces, de Porto Velho, le escribía en 1981:

«Por aquí es muy recordado por los jóvenes y por el pueblo. Dejó una gran recuerdo. Como el Papa Juan Pablo I que duró poco y su paso por el pontificado fue como un meteoro que pasó haciendo el bien, también Ud. Fue un ladrón... supo robar los corazones de los fieles».

La evaluación global esquemática que me manda el actual Inspector de Manaus, João Sucarrats, español y compañero suyo, define la persona y la actuación de Juan:

- Optimismo y alegría contagiosa entre los Salesianos, los jóvenes y el pueblo.
- Espíritu religioso a toda prueba.
- Trabajador y batallador incansable donde quisiera que le pusiese la obediencia.
- Exigente consigo mismo, con gran sentido de responsabilidad.
- Apasionado por la catequesis y por la divulgación de las misiones.
- Creativo y artista.

Sor Rita Feitosa, inspectora de Manaus escribe:

«Ante todo, siempre para nosotras, Hijas de María Auxiliadora de la Inspectoría Laura Vicuña, fue un verdadero hermano. Siempre disponible, sencillo y sonriente. Con su fe y optimismo era capaz de desdramatizar situaciones complicadas y difíciles. Solía decir que el mal es como un árbol con hojas secas o amarillentas. Cuando viene un vendaval, no aguantan. Caen y son llevadas por el viento. Eso nos daba a nosotras una gran energía, una gran confianza en el Señor, nuestro Padre, que no abandona a sus hijos».

4. Animación misionera

La Procura de Misiones de Madrid tiene como finalidad, entre sus áreas de acción –además de la captación de Fondos y el Voluntariado «Jóvenes del Tercer Mundo»– la animación misionera en España. Lo sigue haciendo a través de la revista *"Juventud Misionera"* y de las exposiciones misioneras: la **per-**

manente, situada en la casa, y la **itinerante**, que visita los centros salesianos de las diversas Inspectorías.

En el año 1990 la Procura de Misiones de Madrid lo acoge como una bendición, como parte integrante del equipo de animación misionera por medio de las exposiciones, sobre todo de la renovada exposición itinerante.

La peculiar «vuelta a España» que todos los años hace esa exposición, refleja los testimonios más favorables de las más de cuarenta comunidades de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora que visitan.

A su regreso, la comunidad de la Procura goza de la acogida que le dispensan los hermanos y de las anécdotas graciosas de las que casi siempre es protagonista Juan, en sus diálogos con los más pequeños visitantes.

La exposición permanente, que existe en la Procura, es visitada por cursos enteros de los colegios, como visita cultural y de animación. La mayoría de las veces son acompañados por Juan, que goza haciendo uso de sus narraciones misioneras que prolonga con gracia y son el regocijo de los visitantes.

Ya el Capítulo General Especial de hace 30 años habla del Voluntariado:

«Es de gran importancia la animación y preparación de laicos, especialmente jóvenes Cooperadores y Antiguos Alumnos que presten su colaboración misionera y técnica como voluntarios».

El Voluntariado «Jóvenes del Tercer Mundo» nace en la Procura en tiempos de Juan y los cursos de preparación de los voluntarios cuentan con su experiencia y entusiasmo en sus charlas sobre misiones y sobre teología, así como sus clases de portugués para los voluntarios destinados a Brasil.

También aprovechan su animación misionera las «Difusoras de Misiones Salesianas» que visitan las casas de los donantes.

Y cuando ya su corazón dice que los viajes para la exposición permanente es mucha para él, intensifica su dedicación a la exposición permanente y al tratamiento de los sellos de correos como ayuda a las misiones.

De esta fase de su vida le escribe Don Luciano Odorico, Consejero General de las Misiones:

«Sé que en esta etapa misionera está colaborando mucho en la Exposición de casa y en la itinerante con su buen arte; con esas actividades de animación misionera en la retaguardia sigue desarrollando su vocación misionera como en la etapa anterior del Brasil porque también la vieja Europa necesita ser misionada».

5. Sufrimiento y vida interior

En el sufrimiento afloran los valores y las vivencias de cada hombre.

Juan sufre físicamente mucho. Gran trabajador, gran deportista tiene en su vida dos fases de intenso sufrimiento.

Siendo director de la Comunidad de párrocos salesianos en Porto Velho, en plena juventud y actividad, se le detecta un cáncer generalizado en el sistema linfático, que la rápida solicitud del Obispo logra frenar al enviarle a uno de los mejores hospitales de São Paulo.

Al preguntarle sobre esta enfermedad, él mismo confiesa:

«Efectivamente, el Señor me tocó en lo más profundo de mi ser. Caí gravísimamente enfermo. En la larga lucha para recuperar la vida tuve que recorrer varios hospitales del Brasil. Se me ofrecía una paciente misión blanca entre los enfermos sin esperanzas. Enfermeras y médicos fueron estupendos samaritanos para el frágil misionero. He intentado siempre sonreír y señalar el camino de la luz».

Sonrisa que no pierde y hace declarar a una maestra del Brasil: *«Le veo siempre sonriente, alegre, acogiendo a todos. Para cada persona, una palabra y un gesto de ternura».*

Es revelador el testimonio que sobre su salud escribe en 1995 al P. Franco Dalla Valle, entonces Inspector de Manaus, al invitarle éste a reincorporarse a la Inspectoría como animador misionero:

«La radioterapia y la quimioterapia me dejaron con vida, pero me han anulado casi completamente. Cada día me siento más débil y más inútil. Ni mis pulmones, ni mi estómago ni mi vientre, ni mis defensas normales funcionan bien. Hago esfuerzos increíbles para poder estar de pie y mucho esfuerzo para poder parecer normal».

Hace dos años que está con nosotros en esta Comunidad. Le vemos siempre alegre, aunque perdiendo cada día actividad en su cargo de ecónomo de la Comunidad.

Nada nos hace sospechar que lleva un par de meses sin poderse acostar por el dolor, durmiendo sentado en una silla e inclinado sobre una mesa.

La estancia de seis semanas entre la clínica y el sanatorio es para todos los que estamos con él, un ejemplo de aguante al sufrimiento, calmado, a ratos, con sedantes en las últimas semanas.

La Unción de Enfermos, que el día 5 de agosto, le administra el Sr. Inspector,

en presencia de Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y familiares, es un momento fuerte de sufrimiento, pero también de entereza siguiendo el rito.

En los momentos más duros y transcendentes es cuando se mide la altura espiritual de un creyente.

En esos momentos Juan pone de manifiesto su valía humana y su altura de creyente y Salesiano, conservando el humor, salpicado de frases ingeniosas.

Me hace fácil el comunicarle la gravedad de su estado, respondiendo clara y fraternalmente a unas preguntas que él mismo me formula.

Este es el sencillo y escueto diálogo: *«¿Es grave la situación? —Sí, Juan, es delicada. —¿Existe ya metástasis al hígado? —Sí, Juan, ya tienes el hígado invadido»*. Su respuesta a estas dos constataciones fue: *«Estoy preparado, cuando Dios quiera»*.

Esa preparación viene de lejos. En sus cartas al Inspector – P. Franco Dalla Valle, hoy obispo de Juina (Brasil)–, encontramos frases como éstas:

«Pienso frecuentemente que llegará el momento feliz del encuentro definitivo con el Señor, la plenitud de la Vida, del Amor y de la Paz Lo deseo de corazón y confío que sucederá así por su bondad e ilimitada misericordia». «De verdad, me siento hoy mucho más cerca de la eternidad que otra cosa. No sé cómo puedo estar todavía vivo. Nunca entendí mejor la angustiosa locura de Pablo para quien la muerte era una grande ganancia».

Y el diálogo continúa: *«Juan, mañana llega el Sr. Inspector. ¿Quieres que por la tarde te administre la Unción de Enfermos? —Sí, con mucho gusto»*. Esta es su respuesta.

Gestos y palabras como éstas llenas de valores humanos y cristianos, son constantes en los días de su estancia como enfermo.

La palabra que más le oímos es *¡Gracias!* Gracias por cada detalle, por cada servicio, por las frecuentes visitas, que le agradan mucho, por la numerosas llamadas telefónicas, que hasta dos días antes de su muerte contesta él mismo.

«Estoy en manos de Dios, cuando el Señor quiera» que repite con frecuencia, denotan una aceptación y una vivencia profundas, que impactan fuertemente en los que le visitan y son el tema de nuestras conversaciones en la comunidad.

Resumo estas vivencias en sus desahogos después de la eucaristía que celebro con él en su habitación, en su mesa. Sentado en una silla y apoyada la cabeza sobre la mesa, anoto lo que me dice el 27 de agosto:

« He comprobado en mi vida la gran bondad del Señor para conmigo.

« A la Virgen, de quien tanto he hablado, la llevo en mi corazón.

« Mi gratitud y alegría en el Señor y en los hermanos.

« Me ha llenado mi vida sacerdotal.

« Mi familia ha sido muy positiva para mí, por su cariño y apoyo.

« He encontrado en todas partes gente muy buena, en Brasil gente muy buena que me han querido y a quien he querido».

6. Nuestra gratitud

Muere el día 9 de septiembre a las 10 de la noche.

La comunidad de Santa Teresa de las Hijas de María Auxiliadora prestan su tanatorio privado, donde reposa el cadáver.

La comunidad del Santísimo Sacramento de las Hijas de María Auxiliada ofrecen su hermosa y renovada iglesia para el funeral, concelebrado por más de cuarenta sacerdotes, entre ellos Don Jesús Guerra, Inspector de Madrid y presidido el Sr. Inspector de León, D. Ángel Fernández Artime.

La Inspectoría de Madrid acoge en su panteón de Carabanchel los restos mortales de Juan, con la presencia de gran número de hermanos de esta Inspectoría hermana.

Los hermanos de su comunidad, desde los primeros días de su internamiento en el hospital, ponemos la cota de asistencia muy alta: no dejarle ni un momento solo. Y así sucede.

Nos gloriamos, y con justo gozo, de las cotas alcanzadas en las Inspectorías en cuanto a la comunión de bienes materiales, en la centralización contable; pero existe otro tipo de comunión más entrañable, es la comunión de afectos.

Nuestra comunidad es una comunidad pequeña. En un verano de compromisos y ocupaciones muy diversas no podemos llegar a todo. Ante una simple insinuación y ante la sencilla invitación de los Sres. Inspectores –José Antonio y Ángel– vienen a echarnos una mano hermanos de A Coruña, de León, de Ourense y de Oviedo, sucesivamente.

Al *gracias* sincero que reciben de Juan, cada día que están con él y por cada gesto de atención que hacen, reciban, también, las gracias de los hermanos de esta comunidad de León, en Madrid.

La prologada estancia en la clínica y en el sanatorio aglutina a muchas personas por sus frecuentes visitas, sus continuas preguntas sobre su enfermedad, por su interés y por sus oraciones.

Bastantes Salesianos de la Inspectoría de Madrid le visitan y nos acompañan en su entierro y en su funeral.

Las atenciones médicas tanto en la Clínica La Milagrosa como en el Sanatorio Los Álamos son exquisitas.

A todos, nuestro agradecimiento, pero de una manera especial a las Comunidades de Hijas de María Auxiliadora de la Dehesa de la Villa, de una de cuyas comunidades es capellán durante los últimos dos años. Ellas facilitan muchos de los trámites siempre complicados en las horas posteriores a una defunción.

El último recuerdo, pero primero en el corazón, es para su familia.¡Qué verdad es que Juan contaba siempre, con el afecto y el cariño de todos ellos!

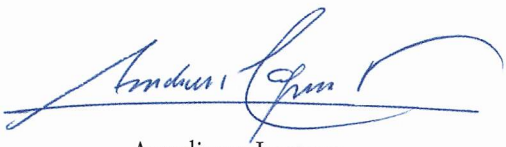
Lo comprobamos en estas seis semanas en la clínica y en el sanatorio. Sacrifican sus vacaciones de verano para estar con él. Uno de sus hermanos viene desde Canadá.

Una escena en el tanatorio puede resumir este afecto. Hemos visto a su madre de 93 años, de pequeña estatura, alzada por sus dos hijas para que pueda darle el último beso a su hijo. Hacemos nuestras sus palabras, dichas en aquel momento:

«El ya descansa, pero deja un gran vacío en mi corazón».

Vacío que vamos llenando con el gratísimo recuerdo que nos deja y con nuestras y vuestras oraciones que le acompañan.

Afmo. en Don Bosco:



Aureliano Laguna
Director

Datos para el Necrologio:

Sac. JUAN AMORETTI DOMÍNGUEZ, nacido en Málaga el 5 de septiembre de 1934 y muerto en Madrid, el 9 de septiembre de 2000, a los 66 años de edad, 44 años de profesión y 34 años de sacerdocio.